

Almoneda de fusiles.

Anastasio Rojo Vega.

Seguro que conocen el chiste ese del que dejó de fumar y aseguraba a todo el mundo que era muy fácil; si será sencillo ¡que yo ya he dejado de fumar seis veces!.

Pues lo de dejar las guerras lo mismo. A principios de año me sugirieron como tema la Guerra de la Independencia. A mandar. Guerra de la Independencia. Ahora los capitanes de esta nave de papel comienzan a considerar que el conflicto se está alargando demasiado, como el de Irak. Pues a obedecer nuevamente. Hágase la paz. ¡Franceses! ¡Españoles! ¡Atentos! ¡¡¡Alto!!! ¿Ven? Ya está. Es cuestión de un poco de preparación y yo la tengo. Hice la mili como sargento de infantería, unidad A.B.Q. – y nunca me he dado un adarme de importancia; experto en guerra atómica, bacteriológica y química – por el I.M.E.C., en aquellos tiempos en que se decía que la mili era no hacer nada todo corriendo.

¿Y los cañones, banderas y fusiles reunidos?. Antiguamente existía un buen sistema para repartir herencias sin que se sintiese perjudicado nadie, sin que ninguno de los herederos se considerase estafado. Se tomaban todos los enseres de por casa, hasta los orinales, y se llevaban a unos poyos de la Plaza Mayor donde un alguacil especialmente habilitado para ello, entre la horca y las verduleras, procedía a su subasta. Una especie de rastrillo en el que cada cual tomaba lo que necesitaba y pagaba lo que el pagano y el alguacil consideraban justo. Convertido todo en monedas, el reparto no podía ser más ecuánime. Se restaban los gastos de entierro del finado, se hacían partes iguales del sobrante y santas paces.

Almoneda también puedo hacer yo. Distintas personas me han preguntado – y no lo digo por darme importancia, quienes me han preguntado saben que es cierto – qué fuentes estaba utilizando y de dónde sacaba los datos para los artículos.

¿Mis fuentes? Una serie amplia de memorias de protagonistas de aquella guerra, franceses e ingleses, algún italiano e incluso un polaco, junto con las historias del conde de Toreno y Príncipe, el manifiesto de Cuesta, papeles anónimos que circularon sin pie de imprenta, periódicos coetáneos y los diarios de vallisoletanos editados por el Grupo Pinciano. Blayney, Bory de Saint-Vincent, Boulart, Coignet, Custine, Desboeufs, Dumas – Alexander y Mathieu -, Espinchal, Fezensac, Foy, France Militaire, Grouchy, Hamilton, Jomini, José Bonaparte, Marbot, Marmont, Niegolewski, Pion de Loches, Roederer, Saint-Hilaire, Sarrazin, Savine, Stothert, Thiébault...

Merecen ser leídas. Gracias a ellas comemos con el inquisidor en una casa del atrio de Santiago, sabemos que Kellerman, “el carnicero de Valladolid”, presumió a su vuelta a Francia de una soberbia pinacoteca - ¡qué curioso! ¿de dónde la habría sacado? ¿cuántos cuadros del Louvre y de las grandes colecciones galas no son robo de aquellos días? – y vemos cómo era el cura Merino a ojos de una Agustina de Aragón enemiga, soldado/a de caballería dragón, mademoiselle Thérèse Figuer: “El cura Merino era de talla por debajo de la media, rechoncho, cuadrado de hombros, negro como un topo, con la cara y las manos tan peludas como los habitantes de un zoo – ménagerie -, tanto pelo que le cubría las uñas; iba ataviado como los bandidos del antiguo teatro francés, cubierta su cabeza, orgullosamente, con un chacó tomado a uno de nuestros húsares...”.

¿Alguien lo había dudado? Todo está en los libros.